

## CAPITULO XIV.

Cómo llegaron á la alta Bretaña la reina Sardamira con los otros embajadores que el emperador de Roma enviaba para que le llevasen á Oriana, hija del rey Lisuarte, y de lo que les acaeció en una floresta donde se salieron á recrear con un caballero andante que los embajadores maltrataron de lengua, y el pago que les dió de las desmesuras que le dijeron.

Los embajadores del emperador Patin, que en la Lombardia eran llegados, hobieron barcas é pasaron en la Gran Bretaña, é aportaron en Fenusa, donde el rey Lisuarte era, del cual con mucha honra fueron muy bien recibidos, é les mandó dar muy abastadamente buenas posadas, é todo lo al que menester habian. E á esta sazón eran con el Rey muchos hombres buenos, é atendia á otros por quien habia enviado, por haber consejo con ellos de lo que en el casamiento de su hija Oriana faria; é puso plazo á los embajadores de un mes para les dar la respuesta, poniéndoles en gran esperanza que seria tal con que alegres fuesen. E acordó que la reina Sardamira, que allí el Emperador con veinte dueñas é doncellas habia enviado para que á Oriana por la mar ficiesen compañía é la sirviesen, que se fuese á Miraflores, donde ella estaba, é le contase las grandezas de Roma, é la grande alteza en que seria con aquel casamiento, mandando tantos reyes é príncipes é otros muchos grandes señores. Esto facia el rey Lisuarte, porque de su hija conocía tomar mucho contra su voluntad aquel casamiento, y porque esta reina, que muy cuerda era, la atrajese á ello. Pero á esta sazón era Oriana tan cuidada é con tan gran angustia, que el entendimiento é la palabra le faltaba, cuidando que su padre, contra toda su voluntad, la entregaria á los romanos; por donde á ella é á su amigo Amadís la muerte les sobrevernía. Pues la reina Sardamira partió para Miraflores, é don Grumedan, por mandado del Rey con ella, para que la hiciese servir; é iban en su guarda caballeros romanos é de Cerdeña, donde ella era reina. E así acaeció, que estando en una ribera verde é de fermosas flores, esperando que la calor del sol pasase, los sus caballeros, que preciados en armas eran, pusieron sus escudos fuera de las tiendas, y eran cinco, é don Grumedan les dijo: «Señores, faced meter los escudos en la tienda si no queréis mantener la costumbre de la tierra, que es que cualquiera caballero que pone el escudo ó la lanza fuera de la tienda ó casa ó choza donde posare, le conviene mantener justa á los caballeros que gela demandaren.—Bien entendemos esa costumbre, é por eso los ponemos fuera, dijeron ellos; Dios mande que antes que de aquí vamos nos sea la justa por algunos demandada.—En el nombre de Dios, dijo don Grumedan, pues algunos caballeros suelen andar por aquí, é si vinieren mirarémos cómo lo faceis.»

E así estando como ois, no tardó mucho que vino aquelpreciado é valiente don Florestan, que muchas tierras habia andado buscando á su hermano Amadís, que nunca dél ningunas nuevas sopo, é andaba con gran pesar é tristeza. E porque sopo que en casa del rey Lisuarte eran venidas gentes de Roma y de otras partes, que pasaran la mar, vino allí por saber dellos algunas nuevas de su hermano. E cuando vió las tiendas cerca del camino por donde él iba, fué para allá por saber

quién allí estaba; é llegando á la tienda de la reina Sardamira, vióla estar en un estrado, y era una de las hermosas mujeres del mundo, é la tienda tenia las alas alzadas; así que, se parecian todas sus dueñas é doncellas; é por mirar mejor á la Reina, que tan bien é tan apuesta le semejava, llegóse así á caballo por entre las cuerdas de la tienda por la mejor mirar, y estóvola cantando una pieza; é así estando, llegó á él una doncella que le dijo: «Señor caballero, no estáis muy cortés á caballo tan cerca de tan buena reina é otras señoras de gran guisa que allí están; mejor os estaria catar á aquellos escudos que allí están, que os demandan, é á los señores dellos. Cierto, muy buena señora, dijo don Florestan, vos decís gran verdad, mas por fuerza mis ojos, deseando ver la muy hermosa reina, dieron causa que en tan gran yerro cayese; é pidiendo perdon á la buena señora é á todas vosotras, faré la emienda que por ella me fuere mandada.—Bien decís, dijo la doncella, pero es menester que antes del perdon que la emienda se faga.—Buena doncella, dijo don Florestan, esto no lo faré yo si por mí se puede hacer, con tal que se me no demande de hacer lo que debo contra aquellos escudos, ó los mandad poner dentro en la tienda.—Señor caballero, dijo ella, no creais que tan ligeramente los escudos allí se posieron; que antes que sean quitados habrán ganado por el gran esfuerzo de sus señores todos los otros que por aquí pasaren que defendérselos quisieren, para los llevar á Roma, é los nombres de los caballeros cuyos fueron, escritos en los brocales, en señal que parezca la bondad que los romanos han sobre los caballeros de otras tierras; é si quereis guardaros de en vergüenza caer, tornadvos por do venistes, é no será llevado vuestro escudo é nombre donde con pregon vuestra honra será menoscabada.—Doncella, dijo él, si á Dios ploguiere yo me guardaré desas vergüenzas que me decís, ni me fio tanto en vuestro amor, que á ninguno destos consejos me atenga; antes entiendo llevar estos escudos á la insola Firme.» Entonces dijo á la Reina: «Señora, á Dios seais encomendada, y él, que tan hermosa os fizo, vos dé mucha alegría é placer.» E movió contra los escudos; é don Grumedan, que bien oyera todo lo que con la doncella pasó, preciolo mucho, é mas cuando en la insola Firme le oyó hablar; que luego cuidó que del linaje de aquel esforzado Amadís seria, é bien creyó que faria lo que á la doncella habia dicho, de llevar los escudos á la insola Firme, é plógole mucho por ver los caballeros romanos qué tales eran en armas; é no conocía él á don Florestan, pero parecióle muy bien armado á maravilla é muy hermoso cabalgante; é así lo era; é teniale por muy esforzado en acometer tan gran cosa, é deseábale todo bien, é mas lo hiciera si sopiera ser don Florestan, que le mucho amaba é preciaba; é don Florestan, que se veía delante dél, que no sabia haber en toda la corte caballero que tanto conocimiento de las cosas de las armas como él hobiese, crecía le el corazon é ardimento, porque en el punto cobardia no sintiese; é llegóse á los escudos, é puso el cuento de la lanza en el primero y segundo y tercero é cuarto é quinto; y esto facia él porque así habian de ir á las justas, uno en pos de otro, segun los escudos tocados fueron.

Esto hecho, apartóse por el campo cuanto un trecho de arco, y echó su escudo al cuello, é tomó una lanza gruesa é buena, é enderezándose en la silla, estuvo atendiendo, é don Florestan traía siempre consigo cada que podia dos ó tres escuderos por ser mejor servido, é porque le trajesen lanzas y hachas, de que él muy bien se sabia ayudar, que en muchas tierras no se fallaria otro caballero que tan bien justase como él; y estando así atendiendo los romanos que armados estaban en una tienda, arreatáronse á cabalgar presto é ir á él, é don Florestan les dijo: «¿Qué es eso, señores? ¿Quereis venir todos á uno? ¿Quebrádes la costumbre desta tierra? E Gradamor, un caballero romano por quien los otros se mandaban, dijo á don Grumedan que les dijese cómo debian de hacer, pues que él mejor que otro lo sabia. Don Grumedan le dijo: «Así como los escudos fueron tocados uno en pos de otro, así los caballeros han de ir á las justas, é si me acordáis, no irédes locamente, que segun lo que de aquel caballero parece, no querrá para sí la vergüenza.—Don Grumedan, dijo Gradamor, no son los romanos de la condicion de vos otros, que vos loais antes que el fecho venga; nosotros aun lo que hacemos lo dejamos olvidar por esto no hay ningunos que iguales nos sean, é á Dios ploguiere que sobre esta razon fuese nuestra batalla é de aquel caballero, aunque mis compañeros no metiesen hí la mano.» Don Grumedan le dijo: «Señor, pasad agora con aquel caballero lo que á Dios ploguiere, é si él quedare libre é sano destas justas, yo faré que sobre esta razon que decís se combata con vos, é si por ventura tal impedimento hobiere que lo no pueda hacer, yo tomaré la batalla en mí en el nombre de Dios; é id agora á vuestra justa, é si della bien escapádes, quedarémos delante desta noble reina, que nos no podamos tirar afuera.» Gradamor rió como en desden, é dijo: «Agora toviésemos esta batalla que decís tan cerca como la justa de aquel caballero sandio que nos atender osa.» E dijo al caballero del primero escudo que se tocó: «Id luego, é faced de guisa que nos librédes del poco prez que en vencer á aquel caballero se ganaria.—Agora folgad, dijo el caballero, que yo os lo traeré á toda vuestra voluntad, y del escudo y de su nombre faced como os es mandado del Emperador, y el caballo, que me semeja bueno, será mio.»

Entonces en su caballo pasó el agua, é fué enderezando sus armas contra don Florestan, el cual, que lo así vió venir, é que el agua pasara, firió al caballo de las espuelas é fué para él, é el romano asimismo, é juntáronse de los caballos y escudos uno con otro, que de los encuentros de las lanzas fallecieron, y el romano, que peor cabalgante era, fué en tierra sin detenimiento, y fué la caída tan grande, que el brazo diestro hobo quebrado, é fué muy mal tollido; así que, á los que miraban les semejava que muerto era, tal le vieron; é don Florestan mandó descender á un escudero de los suyos que le tomase el escudo é lo colgase de un árbol, é asimismo le hizo tomar el caballo; y él se tornó al lugar donde ante estaba, haciendo señales como que se quejaba contra sí porque el encuentro errara; é posó el cuento de la lanza en tierra, atendiendo, é luego vió venir otro caballero contra sí, é fué para él lo mas re-

cio que el caballo lo pudo llevar; mas no erró aquella vez el golpe, antes lo firió tan fuertemente en el escudo, que gelo falsó, é pujó tan recio, que lo lanzó del caballo, é la silla sobre él en el campo, é la lanza metida por el escudo é por la carne, que de la otra parte le apuntó; é don Florestan pasó por él muy apuesto é buen cabalgante, é luego tornó sobre él é díjole: «Don caballero romano, la silla que con vos llevastes sea vuestra, y el caballo sea mio, é si estas fuerzas en Roma quisiédes contar, yo os lo otorgo.» Y esto decia él en voz tan alta, que bien lo oian la Reina, sus dueñas é doncellas. E dígoos de don Grumedan que en gran manera fué ledo cuando esto oyó que el caballero de la Gran Bretaña decia é hacia con el de Roma, é dijo contra Gradamor: «Señor, si vos é vuestros compañeros mejores no os mostrais, no es razon que os derriben los muros de Roma, ni donde entreis cuando allá llegádes.» Gradamor le dijo: «En mucho teneis lo que pasó; pues si mis compañeros acabasen sus justas, yo faré que al digais, é no con tanta ufania como agora teneis.—Cerca estamos de lo ver, dijo don Grumedan; que segun me parece, aquel caballero de la insola Firme bien defiende su ropa, é yo fio tanto en él, que excusará la batalla que yo con vos tengo puesta.» Gradamor comenzó á reir sin gana é dijo: «Cuando á mi viniere el fecho, yo os otorgaré todo lo que decís.—En el nombre de Dios, dijo don Grumedan, é yo terné mi caballo é mis armas presto para cumplir lo que dije, que segun vuestro parecer, poco os durará aquel caballero en el campo, aunque yo creo que el su pensamiento es muy diverso del vuestro.» E á la Reina pesaba mucho en oír las locuras de Gradamor y de los otros romanos. Mas don Florestan hizo tomar el escudo é el caballo al caballero, que como muerto sin ningun sentido en el suelo estaba; é cuando le sacaron el trozo de la lanza dió el caballero una voz dolorida, demandando confesion. E don Florestan, tomando una lanza, se tornó al mismo lugar do ante estaba, é no tardó que vió venir otro caballero en un grande y hermoso caballo, pero no con tanto esfuerzo como el primero, y fué cuanto pudo á don Florestan, é salió el encuentro en soslayo; así que, la lanza barahustó, é fué perdido el encuentro, é don Florestan lo firió en el yelmo, é quebrándole los lazos, gelo derribó de la cabeza rodando por el campo, é fizole abrazar á las cervices del caballo, mas no cayó. E don Florestan tomó la lanza á sobre mano, é vino á él muy sañado, y el caballero, que lo vió venir á sí, alzó el escudo, é don Florestan le dió un tal golpe en él, que se lo fizo juntar al rostro; así que, fué atordido é perdió la rienda de la mano, é como lo vió con tal desacuerdo, don Florestan dejó caer la lanza, é tiró por el escudo tan recio, que gelo sacó del cuello, é dióle con él por encima de la cabeza dos golpes tan pesados, que lo hizo caer del caballo tan sin sentido, que no facia sino revolverse por el campo, é mandó tomar el caballo, é á él que le diesen su lanza, é fué al romano; díjole: «De hoy mas, si pudiédes, podeis ir á Roma á loaros de los caballeros de la Gran Bretaña.» Y enderezándose en la silla, fué contra el cuarto caballero, que vió venir contra sí, mas su justa fué por los primeros encuentros partida; que don Florestan lo encontró tan

duramente, qué él y el caballo fueron en tierra, y el caballero hobo la pierna quebrada cabe el pié, é levantándose el caballo, el caballero quedó en el suelo sin se poder levantar; é fizole tomar el escudo y el caballo como á los otros, y él tomó una muy buena lanza de sus escuderos, é vió que venia contra él Gradamor con unas armas muy fermosas é frescas y en un caballo overo grande y hermoso, é blandiendo la lanza, como que la quebrar queria. Deste tenia don Florestan gran saña porque le amenazaba, é Gradamor decia á una voz alta: «Don Grumedan, no dejeis de os armar; que ante que en vuestro caballo seáis, yo faré que este caballero que me atiende os haya menester en su ayuda. — Agora lo veremos dijo don Grumedan, mas por esas alabanzas no me quiero poner en ese trabajo fasta que vea cómo lo pasais.»

Gradamor, que ya el agua pasara, é á don Florestan contra sí venir al mas correr de su caballo, muy bien cobierto de su escudo, é la lanza baja por lo herir, y él movió contra él á gran correr de su caballo, ambos los caballeros eran fuertes é valientes, y encontráronse de las lanzas, é Gradamor le pasó el escudo é metió por él bien un palmo de la asta de la lanza, é allí quebró, é don Florestan le pasó el escudo en derecho del costado siniestro, y quebrantó las fojas por fuerza del golpe, que fué grande, é lanzólo fuera de la silla en una cava que ahí habia, que yacia llena de agua y de lodo, é pasó por él é mandóle tomar el caballo á sus escuderos. E don Grumedan, que esto vió, dijo contra la Reina: «Señora, seméjame que ya podré una pieza folgar, en cuanto Gradamor enjuga sus armas é busca otro caballo en que se combata.» La Reina dijo: «Malditas sean sus locuras é soberbias dellos, que á todo el mundo facen ensañar contra sí, y despues pásanlo á su vergüenza.» Gradamor se estovo revolviendo en el agua y en el lodo una pieza, é cuando dello salió hobo gran pesar de lo que le aviniera, é quitó el yelmo de la cabeza, é limpióse con su mano los ojos é el rostro del agua y del lodo que en él tenia, é sacudióse dello lo mas que pudo. Desi lanzó el yelmo de la cabeza, é don Florestan, que lo así vió, llegóse á él é dijole: «Señor caballero amenazador, dígoos que si no os ayudais mejor de la espada que de la lanza, no será por vos llevado mi escudo ni mi nombre á Roma.» Gradamor le dijo: «Pésame de la prueba de las lanzas, mas no trayo esta espada sino para me vengar, y esto os haré yo luego ver si la costumbre desta tierra osárdes mantener.» E don Florestan, que muy mejor que él la sabia, le dijo: «Y ¿qué costumbre es esta que decis?—Que me deis mi caballo, dijo él, ó descended del vuestro, é á pié nos ensayarémos de las espadas, é será el juego comunal, y el que peor lo jugare quede sin medida y merced.» Don Florestan le dijo: «Bien creo yo que esta costumbre no la manterniades vos seyendo vencedor; pero yo quiero descender de mi caballo, porque no es razon que caballero romano tan feroso como vos sois, suba en caballo que el otro derribase.»

Entonces se apeó, é dió el caballo á sus escuderos, é metió mano á su espada, é cobriéndose muy bien de su escudo, fué á gran paso contra él, con muy gran saña, é firieronse de las espadas muy bravamente; así que, la

batalla era asaz brava, é parecia á todos bien peligrosa por la saña que entre ellos era; mas no duró; que don Florestan, que mas recio é fuerte era en bondad de armas, viendo que la Reina é las sus mujeres lo miraban, é don Grumedan, que muy mejor que ellas sabia de tales fechos, probó toda su fuerza, dándole tan grandes é pesados golpes, que Gradamor, aunque muy valiente era, no lo pudo sufrir, é ibale dejando el campo, tirándose afuera contra la tienda de la Reina, á fiucia que don Florestan por su acatamiento della lo dejaria; mas don Florestan se le paró delante, é á su pesar le hizo volver contra donde viniera, é tanto lo cansó, que Gradamor cayó tendido en el campo, desapoderado de toda su fuerza, é la espada le cayó de la mano, é don Florestan le tomó el escudo, é diólo á sus escuderos. Desi trabóle del yelmo é tirólo tan fuertemente de la cabeza, que una pieza lo arrastró por el campo, é lanzó el yelmo en la cava del lodo que ya oistes, y tornó á él, é tomándolo de la una pierna, quisolo asimismo echar con el yelmo, é Gradamor comenzó á decir á altas voces que por Dios le hobiese piedad; é la Reina, que lo veia, dijo: «Mal ha baratado aquel desventurado cuando sacó que el vencedor no hobiese medida ni merced del vencido.» E don Florestan dijo á Gradamor: «Postura que tan honrado caballero como vos posó, no es razon que quebrada sea; é yo os la terné muy complidamente, así como lo agora veréis.» El, cuando esto oyó, dijo: «¡Ay cativo, que muerto soy!—Así es, dijo don Florestan, si no haceis mi mandado en dos cosas. —Decidlas, dijo él, que yo las faré.—La una, dijo don Florestan, que por vuestra mano y de la sangre vuestra é de vuestros compañeros escribais vuestro nombre é los suyos en los brocales de los escudos, y esto fecho, deciros he la otra cosa que quiero que fagais.» E diciéndole esto, tenia sobre él su espada esgrimiéndola, y el otro debajo tremiendo con gran espanto; é hizo llamar un escribano suyo, é mandóle que, quitando la tinta de su tintero, lo finchese de su sangre y escribiese su nombre en el escudo, pues que él no podia, é todos los nombres de sus compañeros en los otros sus escudos, y que lo hiciese presto, porque él no perdiese la cabeza.

Esto fué luego así fecho, é don Florestan limpió su espada é púsola en la vaina, é fué á cabalgar en el caballo suyo, é cabalgó muy ligeramente; así que, semejaba que no habia aquel dia trabajado ninguna cosa, é dió su escudo al escudero, mas el yelmo no quitó, porque don Grumedan no lo conociese, y el caballo en que estaba era grande é feroso, y de extraña color, y el caballero era de una grandeza é talle tan apuesto, que pocos se fallarian que tan bien como él pareciesen armados; é tomó en su mano una lanza con un pendon rico é feroso, é paróse sobre Gradamor, que se ya levantara, é blandiendo la lanza, le dijo: «Vuestra vida no está sino en que don Grumedan me pida que os no mate ante él.» El comenzó á dar grandes voces, llamando á don Grumedan, que por Dios le acorriese, pues que en él era su vida ó su muerte. E luego don Grumedan vino así á pié como estaba, é dijo: «Cierto, Gradamor, si os no vale merced ni piedad, esto es con gran derecho, porque con vuestra soberbia así lo pedistes á este señor; mas yo le ruego que vos deje vivir,

porque mucho gelo agradeceré é serviré.—Eso faré yo de grado, dijo don Florestan, por vos, é todo lo que vuestra honra é placer sea.» E luego dijo: «Vos, don caballero romano, de hoy mas, cuando os ploguiere, podréis contar en el juicio de Roma, si allá fuédes, las grandes soberbias é amenazas que vos contra los caballeros de la Gran Bretaña habeis dicho, é cómo con ellos os mantovistes, é la gran prez é honra que dellos ganastes en tan poco espacio de un dia; é así lo decid al vuestro gran Emperador é á las potestades, porque dello hayan placer. E yo haré saber en la insola Firme cómo los caballeros de Roma son tan liberales é francos, que dan ligeramente sus caballos é armas á los que no conocen. Mas yo desta dádiva que á mí fecistes no tengo que os agradecer; é gradézco yo á Dios, que sin vuestro grado me lo quiso dar.» Gradamor, que tan mal trecho estaba, cerca de le salir el alma, que esto oia, mas graves le eran estas palabras que las feridas, é don Florestan le dijo: «Señor caballero, vos llevaréis á Roma toda la soberbia que de allá trajistes, pues que la aman é precian; que en esta tierra los caballeros della no desean ni conocen, sino aquello que vosotros correceis, que es mesura é buen talante; é si vos, mi señor, sois tan enamorado como valiente en armas, é quisierdes que á la insola Firme os lleve, probaréis el arco encantado de los leales amadores que allí van con lealtad de sus amigas, é con este prez é honra que de la Gran Bretaña llevarédes, preciaros ha mucho mas vuestra amiga; é si es de buen conocimiento, no os trocará por otro alguno.» Dígoos de don Grumedan que habia gran sabor de oir aquellas palabras, é reia de mucha gana en ver quebrantada la soberbia de los romanos. Mas lo no hacia así Gradamor, antes las oia con gran quebranto de su corazon, é dijo á don Grumedan: «Buen señor, por Dios, mandadme llevar á las tiendas, que mucho soy mal trecho.—Bien parece en vos y en vuestras armas, dijo él, y vuestra es la culpa.»

Entonces lo hizo tomar á sus escuderos que lo llevasen, é dijo á don Florestan: «Señor, si os ploguiere, decidnos vuestro nombre; que tan buen hombre como vos no lo debe encobrir.» Y él dijo: «Mi señor don Grumedan, ruégoos que no os pese de os lo no decir, porque, segun la descortesia que yo fice á aquella muy ferosa reina, por ninguna guisa no querria que lo sopiese; que por muy culpado me siento, aunque ella é sus doncellas lo son mas; que la su gran fermosura fué ocasion de me facer errar, que de mi entendimiento me sacaron; é ruégoos, señor don Grumedan, que hagais con ellas que, tomando de mí la emienda que yo cumplir pueda, me perdonen, y me enviéis la respuesta dello á la ermita redonda, que es cerca de aquí, que allí albergaré hoy.» Don Grumedan le dijo: «Yo lo haré al mi poder como lo quereis, é con el recaudo que hallare os enviaré un mi escudero, é al mi grado el mandado que os llevará será bueno, como lo vos mereceis.» El caballero de la insola Firme le dijo: «Ruégoos, señor don Grumedan, que si algunas nuevas de Amadís sabeis, me las digais.» E don Grumedan, que mucho amaba á aquel por quien le preguntaban, viniéronle las lágrimas á los ojos, con soledad dél, é dijo: «Si Dios me salve, buen caballero, desde aquel tiempo

que se él partió de Gaula de casa de su padre el rey Perion, nunca dél oí nuevas ningunas, é mucho seria ledo de las oír é las decir á vos é á todos los sus amigos.—Eso creo yo bien, dijo don Florestan, segun vuestro buen talante é la gran lealtad que en vos, Señor, mora; que si todos tales fuesen, la desmesura é deslealtad no fallarian posada en ningun lugar donde albergasen, é salirian por fuerza fuera del mundo; é á Dios seais encomendado, que me voy á la ermita que os dije á esperar vuestro escudero.—A Dios vayais, dijo don Grumedan.» E fuése á las tiendas, é don Florestan adonde sus escuderos estaban, é mandó que los caballos que habia ganado los llevasen á las tiendas, y el caballo overo lo diesen á don Grumedan de su parte, porque le parecia bueno, é los otros cuatro los diesen á la doncella que con él fallara, que hiciese dellos á su voluntad, é le dijese que se los enviaba don Florestan. Mucho fué alegre don Grumedan con el caballo, por haber sido de los romanos, é mucho mas en saber que aquel era don Florestan, á quien él mucho amaba é preciaba. E los escuderos dieron los otros caballos á la doncella é dijéronle: «Señora doncella, aquel caballero que con vuestras palabras hoy despreciastes en loor de los vuestros romanos, os envia estos caballos que los deis á quien os placera, é que los tomeis en señal de hacer verdad las palabras que os dijo.—Mucho gelo gradezco, dijo ella, é cierto él los ganó con gran prez é alta bondad; pero mas me ploguiera que dejara él aquí el suyo solo que reseibir estos cuatro.—Bien puede ser, dijo uno de los escuderos, mas quien el suyo hobiere de ganar menester habrá mejores caballeros que estos que gelo demandaban.» La doncella dijo: «No os maravilleis en que yo deseo mas la honra destes que la del que no conozco ni sé quién es; pero, como quiera que ello sea, él me envió feroso don, y pésame de haber dicho á tan buen hombre cosa que le diese enojo; mas yo lo emendaré en lo que él mandare.» Con esto se tornaron á su señor, que los atendia, é contóronle lo que habian pasado, de que placer hobo.

El, mandando tomar los escudos de los romanos á sus escuderos, se fué á la ermita redonda, por atender allí el mandado de don Grumedan, é porque aquel era el derecho camino de la insola Firme, que no habia voluntad de entrar en la corte del rey Lisuarte, y queria fablar á don Gandáles, que la insola tenia, y preguntarle si sabia algunas nuevas de su hermano, é poner allí los escudos que llevaba; mas dígoos de don Grumedan que luego fué delante la reina Sardamira, é muy homildosamente le dijo lo que don Florestan le encomendara, é dijole su nombre. La Reina lo escuchó muy bien é dijo: «¿Si será este don Florestan fijo del rey Perion é de la condesa de Selandia?—Este es el mismo que vos, Señora, decis, y creed que es uno de los esforzados y mesurados caballeros del mundo.—Acá no sé cómo le ha ido, dijo ella; mas dígoos, don Grumedan, que extrañamente fablan dél los fijos del marqués de Ancona, de su alta bondad de armas é su alto fecho, é de cómo es entendido y mesurado, y débese creer, porque estos fueron sus compañeros en las grandes guerras que en Roma hobo, donde él tres años moró cuando era él caballero mancebo; pero la su bon-

dad no la osan decir ante el Emperador, que lo no ama, ni quiere oír que dél bien digan. ¿Sabeis vos, dijo don Grumedan, por qué lo no ama el Emperador?—Sí, dijo la Reina, por razon de su hermano Amadís, de que el Emperador ha gran queja porque conquistó las aventuras de la insola Firme, que él iba á ganar, y fué allí primero que él, é por esto le desama mucho en le haber quitado la honra y el prez que en ello ganar alcanzaba.» Don Grumedan se sonrió ende é dijo: «Ciertamente, Señora, su queja es sin razon, antes entiendo que por solo esto le debía amar, pues le quitó que no alcanzase allí la mayor deshonra que por ventura nunca le avino, así como la hobieron otros muchos caballeros que lo probaron, de alta bondad de armas, é no la pudo ganar sino aquel á quien Dios extremado sobre todos los del mundo fizo en esfuerzo y en todas las otras maneras que buen caballero debe haber; y creed, mi señora, que otra aventura fué por que el Emperador lo desama.» La Reina dijo: «Por la fe que á Dios debéis, don Grumedan, que me la digais.—Señora, dijo él, yo vos lo diré, é no os enojéis dello.» Y ella riendo le dijo: «Como quiera que sea, saberlo quiero.—En el nombre de Dios,» dijo él; entonces le contó todo cuanto aviniera al Emperador con Amadís en la floresta de noche, cuando se iba loando del amor, é Amadís quejando, é todas las palabras que entr'ellos pasaron, y en qué guisa la batalla fué, así como lo ya en el segundo libro oistes. Mucho se pagaba la Reina de lo oír; é fizogelo contar tres veces é dijo: «Si Dios me salve, don Grumedan, segun lo que me decis, bien dió á entender ese caballero que puede servir al amor, siendo él contento, é facer lo contrario cuando el amor lo ficiera; pero, á mi parecer, no fué esa pequeña causa para poner desamor entre el Emperador é Amadís.»

## CAPITULO XV.

*Cómo la reina Sardamira envió su mensaje á don Florestan, rogándole, pues que habia vencido los caballeros, poniéndolos mal parados, que quisiese ser su guardador fasta el castillo de Miraflores, donde ella iba á hablar con Oriana, y de lo que allí pasaron.*

Así estaban hablando la reina Sardamira é don Grumedan en esto que oído habeis, y ella lo escuchaba alegremente, porque creía que aquel camino que el Emperador entonces ficiera, llamándose el Patin, fuera por su amor della, que la mucho amaba, y pensando ganarla, vino en la Gran Bretaña á se probar con los buenos caballeros que allí habia, y desto que con Amadís le avino, nunca nada le dijo, y reíase mucho entre sí de cómo geló encobriera, é don Grumedan le dijo: «Señora, dadme el recaudo que os mas ploguiere que envíe á don Florestan.» Ella estuvo una pieza cuidando; despues dijo: «Don Grumedan, vos veis á mis caballeros tan mal trechos, que no pueden aguardar á mí ni á sí, é conviéneles quedar para su salud; y querria, pues los caballeros desta tierra son tales, que don Florestan fuese mi guardador con vos.» El dijo: «Yo os digo, mi señora, que don Florestan es tan mesurado, que no ha cosa que dueña ó doncella le ruegue que la no faga, cuanto mas por vos, que sois tal, Señora, é á quien ha

de facer emienda del yerro que fizo.—Mucho me place, dijo ella, de lo que me decis, é agora me dad quien guie aquella doncella, y enviarle he mi mandado.» El le dió cuatro escuderos, é la Reina envió con una carta de creencia á la doncella que hobo los caballos, é dijo en poridad lo que dijese; é cabalgando en su palafren, é los escuderos con ella, se acuitó mucho por andar el camino; así que, llegando á la ermita redonda, falló á don Florestan, que con el ermitaño fablaba, é fizose apaar del palafren; é como el rostro llevaba descubier-to, conocióla luego don Florestan, é recibíola muy bien; ella le dijo: «Señor, tal hora fué hoy que no cuidaba buscaros, porque mi pensamiento era que de otra guisa pasara el fecho entre vos é los nuestros caballeros.—Buena señora, dijo él, ellos hobieron la culpa, que me demandaron lo que no podia excusar sin mi vergüenza; mas tanto me decid si la Reina, vuestra señora, albergará ahí esta noche donde la yo dejé.» La doncella le dijo: «Mi señora la Reina os envia á saludar, é tomad esta carta, que della os trayo.» El la vio é dijo: «Señora, decid lo que os mandaron, é yo faré su voluntad.—No es sin razon, dijo ella, que así lo fagais; antes es vuestra honra é cortesía de buen caballero, é dígoos que me mandó que os dijese que los caballeros que la aguardaban dejastes tan mal trechos, que no se puede dellos servir; é pues de vos le vino este estorbo, quiere que seais su aguardador della fasta la poner en Miraflores, do ella va á ver á Oriana.—Mucho gradezco yo á vuestra señora lo que me envia á mandar, y en grande honra y merced lo tengo para gelo servir; é partamos de aquí á tal hora que á la luz del alba seamos en su tienda.—En el nombre de Dios, dijo la doncella, é agora os digo que sois bien conocido de don Grumedan, que él dijo á la Reina que tal respuesta como dais se fallaría en vos.» Mucho fué pagada la doncella de la buena palabra é gran mesura de don Florestan, y de cómo era fermoso y de buen donaire, y en todo le semejava hombre de alto lugar, así como él era. Pues allí cenaron de consuno, y estovieron hablando en muchas cosas gran pieza de la noche, é cuando fué sazón de dormir, ficieron en la ermita á la doncella en que albergase, é don Florestan estuvo so los árboles con los escuderos, é durmió aquella noche muy sosegado del afán del dia; mas cuando fué tiempo despertáronlo los escuderos, é armándose, tomó consigo la doncella é la otra compañia, é fuése camino de las tiendas, y llegaron á ellas bien de mañana.

La doncella se fué á la Reina, é don Florestan á la tienda de don Grumedan, que ya era levantado, é andaba hablando con sus caballeros y queria oír misa, é cuando vió á don Florestan en gran manera fué ledo, é abrazáronse ambos con mucho placer, é fuéronse luego á la tienda de la Reina, é don Grumedan le dijo: «Señor, esta Reina quiere vuestro aguardamiento; bien es que lo fagais, que mucho es noble señora, é parésceme que no barata mal ganando á vos y perdiendo sus caballeros.» Esto le decía él riendo. «Así Dios me salve, dijo don Florestan, mucho querria poderla servir en algo que le pluguiere, especialmente yendo en vuestra compañia, que há mucho que os no vi.—Señor, como á mí place con vuestra vista, dijo

él, Dios lo sabe; y decidme, ¿qué fecistes de los escudos que aquí llevastes?—Enviélos esta noche con un mi escudero á la insola Firme á vuestro amigo don Gandáles, que los ponga en logar que sean vistos de cuantos allí vinieren, é lo sepan los de Roma, si los querrán venir á demandar.—Si eso ellos facen, dijo don Grumedan, bien bastecida será la insola de sus escudos é armas.» Así hablando, llegaron donde la Reina era, que ya sabia su venida; é don Florestan fué ante ella, é quisole besar las manos, mas ella no quiso, é púsole su mano en la manga de la loriga en señal de buen recebimiento, é díjole: «Don Florestan, mucho os gradezco vuestra venida y el afán que en mi servicio quereis tomar, y pues que así habeis enmendado el mal que á mis caballeros fecistes, razon es que perdonado vos sea.—Mi buena señora, dijo él, no siento yo afán ni trabajo en os servir, antes mucho mas lo sintiera si con enojo os dejara, y en esto yo recibo honra é gran merced; y en lo que mas fuere os pido yo, Señora, que como á vuestro caballero y servidor me mandeis, é aquello con toda afición por mí cumpliré.» La Reina preguntó á don Grumedan si estaba aparejado todo para el camino. Oído lo que decía, díjole: «Señora, cuando os placera podeis andar, y estos caballeros feridos hacerlos he llevar á una villa que cerca de aquí es, donde curarán dellos fasta que sean guaridos; porque, segun sus heridas, no podrian ir con nos fasta que sean sanos.—Así se faga,» dijo ella. Entonces trajeron á la Reina un palafren blanco como la nieve, y venia ensillado de una silla toda guarnida de oro muy bien labrada á maravilla, é asimesmo el freno, y ella vestida de muy ricos paños, é al cuello perlas é piedras de gran valor, que mucho en su gran fermosura acrecentaban; y luego cabalgaron sus dueñas é doncellas ricamente ataviadas, é tomando don Florestan á la Reina por la rienda, entraron en el camino de Miraflores.

Dígovos de Oriana que ya sabia su venida, de que mucho le pesaba; que en el mundo no habia cosa que mas grave le fuese que oír hablar en el emperador de Roma, é sabia cierto que esta reina no venia á otra cosa; mas mucho le plogó con la venida de don Florestan cuando sopó que con ella venia, por le preguntar por nuevas de Amadís é por se le quejar del Rey, su padre; pero, como quiera que su turbacion grande fuese, tovo por bien de mandar aderezar la casa de fermosos é ricos estrados para los recibir, é vistióse ella de lo mejor que tenia, é así lo hizo Mabilia é las otras doncellas; é cuando la reina Sardamira entró por el palacio donde Oriana estaba, llevábala por el brazo don Florestan é Grumedan; é cuando Oriana la vió venir, mucho le pareció bien, y pensó que si su demanda no fuese tal que gran placer hobiera con ella; y llegando la Reina, homillóse ante Oriana, é quisole besar las manos, mas ella las tiró á sí, é díjole que ella era reina y señora, y ella una doncella pobre, á quien sus pecados querian hacer mal. Entonces la salvaron Mabilia é las otras doncellas, mostrando muy gran placer por lo dar á la Reina, mas eso no hacia Oriana, que nunca lo hobiera despues que los romanos fueran en casa de su padre. Mas dígovos que con don Florestan é don

Grumedan holgó mucho, como que su corazon con ellos algo descansaba; é todos se asentaron en un estrado, é Oriana fizo asentar ante sí á don Florestan é á don Grumedan; y desque habló algo contra la Reina, volvióse á don Florestan é díjole: «Buen amigo, muy gran tiempo há que no os vi, y pésame dello, que mucho os amo, así como lo facen todos aquellos que os conocen; é grande es la mengua que vos é Amadís é vuestros amigos faceis en ser fuera de la Gran Bretaña, segun los grandes tuertos é agravios que en ella emendar faciades; é malditos sean aquellos que fueron causa de vos apartar de mi padre, que si aquí agora os falláades juntos, como solia, alguna desaventurada, que agora su mal atiende en ser desheredada y llegada fasta el punto de la muerte, pudiera tener esperanza de algun remedio, é si allí fuesedes, razon haríades por ella y seriades en su defensa, como siempre lo fecistes, que nunca desamparastes á los cuitados que os hobieron menester; mas tal fué la ventura desta que digo, que todo le fallece sino la muerte.» E cuando esto decía lloraba fuertemente, y esto por dos cosas: la una, porque si su padre la entregase á los romanos, esperaba de echarse en la mar; é la otra, con soledad de Amadís, que la remembranza de don Florestan, que delante sí tenia, le daba, que le mucho semejava. E don Florestan, que mucho entendido era, bien conoció que por sí misma lo decía, é dijo: «Mi buena señora, á las grandes cuitas acorre Dios con su piedad, y en él tened vos, Señora, esperanza que porrá consejo en vuestras cosas, y de lo que decis de Amadís, mi señor hermano, aquel que yo mucho deseo ver, é así como en las unas partes fallece su socorro, así en las otras lo fallan aquellos que menester lo han; y creed, mi buena señora, que él es sano y en su libre poder, é anda por tierras extrañas haciendo maravillas en armas, é socorriendo á los que tuerto resciben, así como aquel que Dios extremó en este mundo sobre cuantos en él nacer fizo.» La reina Sardamira, que cerca estaba dellos é oia toda la habla, dijo: «Ay! Dios le guarde á Amadís de caer en las manos del Emperador, que muy mortalmente lo desama, é yo habria pesar de su enojo por el que tan preciado es, é por vos, don Florestan, que es vuestro hermano.—Señora, dijo él, otros muchos le aman y desean su bien y honra.—Yo os digo, dijo la Reina, que, segun he sabido, no hay hombre que tanto desame el Emperador como á él, sino es un caballero que moró un tiempo en casa del rey Tafinor de Bohemia, en tiempo que gentes del Emperador lo guerreaban, é aquel caballero que os digo mató en batalla á don Garadan, que era el mejor caballero que en todo el linaje del Emperador habia, y en todo el señorío de Roma, si no es Salustanquidío, este príncipe muy honrado, que vino con mandado del Emperador á vuestro padre en fecho de vuestro casamiento. E aquel caballero que os digo fizo vencer otro dia, despues que mató á don Garadan, por la su gran bondad de armas, otros once caballeros del Emperador de los mejores que en toda Roma habia; é con estas dos batallas que vos digo fizo aquel caballero quedar libre de la guerra al rey de Bohemia, que con el Emperador tenia, donde no esperaba remedio sino de perder todo su reino; así que, en

buen día entró en su casa tan noble caballero para sus males remediar.»

Entonces les contó la reina Sardamira la razón de las batallas mucho por extenso, é cómo la guerra fué partida tanto á honra é provecho del rey Tafinor, así como este libro os lo ha contado. Y desque ella se calló dijo don Florestan: «Mi buena señora, ¿sabeis vos cómo ha nombre ese caballero que todas esas cosas pasó á su honra?—Sí dijo la Reina, que lo llaman el caballero de la Verde Espada ó el caballero del Enano, é á cada uno destos nombres responde él cuando lo llaman, pero bien creído tienen todos que no es aquel su derecho nombre; mas porque dicen que trae una grande espada de un guarnimento verde, é un enano en su compañía, le llaman estos nombres. E como quiera que otro escudero consigo trae, nunca el enano dél se parte.» Cuando don Florestan esto oyó fué muy ledo, y creyó verdaderamente que Amadis, su hermano, sería, segun las señales dél oía, é así lo creyeron Oriana é Mabilia, é don Florestan estuvo una pieza pensando que tanto que aquellas cortes del rey Lisuarte se partiesen lo iría á buscar. E Oriana, que moria por hablar con Mabilia, dijo á la Reina: «Buena señora, vos venis de lueño é habeis menester de folgar, y será bien que descanséis en las buenas posadas que teneis.—Así se haga, dijo ella, pues que, Señora, lo mandais.» Estonces se fueron todas juntas al aposentamiento de la Reina, que muy sabroso era, así de árboles é fuentes como de casas muy ricas, y dejándola allí con sus dueñas y doncellas, é don Grumedan, que las hacía servir, Oriana se tornó á su cámara, é apartando á Mabilia é á la doncella de Denamarca, les dijo cómo creía verdaderamente que aquel caballero que la reina Sardamira dijera sería Amadis, y ellas dijeron que así lo cuidaban y creían; é Mabilia dijo: «Señora, agora es suelto un sueño que esta noche soñaba, que es, que me parecia que estábamos metidas en una cámara muy cerrada é oíamos de fuera muy gran ruido; así que, nos ponía en pavor, y el vuestro caballero quebrantaba la puerta, y preguntaba á grandes voces por vos, é yo os mostraba que estábades echada en un estrado, é tomándoos por la mano, nos sacaba á todas de allí, é nos ponía en una muy alta torre á maravilla, é decia: Vos estad en esta torre é no temais de ninguno. E á esta sazón desperté; é por esto, Señora, mi corazón es mucho esforzado, y él vos acorrerá.» Cuando esto oyó Oriana fué muy leda, é abrazóla llorando de sus ojos, que las lágrimas le caían por las sus muy hermosas faces, é dijole: «Ay Mabilia! mi buena señora y verdadera amiga, qué bien me acorreis con vuestro esfuerzo é buenas palabras, é Dios mande por la su merced que así avenga de vuestro sueño como lo decís; é si esto no es su voluntad, que haga de guisa que viniendo Amadis, ambos muramos é no quede ninguno de nos vivo.—Dejadvos deso, dijo Mabilia; que Dios, que tan bienaventurado en las cosas extrañas le hizo, no le desamparará en las suyas propias; é fablad con don Florestan, mostrándole mucho amor, é rogadle que él é sus amigos punen cuanto podieren como no seais fuera desta tierra llevada, y que así lo diga á don Galaor de vuestra parte é de la suya.»

Mas dígoos que don Galaor, sin que ninguno gelo dijese, estaba él ya en este cuidado puesto, de lo así aconsejar al Rey, y decir os hemos en qué manera. Sabed que el rey Lisuarte fuera á caza, é con él don Galaor, y desque hobieron cazado, yendo el Rey por un valle, tovo la rienda á su palafren, é pasando todos adelante, llamó á don Galaor é dijole: «Mi buen amigo y leal servidor, nunca en cosa vos demandé consejo que me bien dello no fallase; ya sabeis el gran poder é alteza del emperador de Roma, que á mi hija envía á pedir para emperatriz, é yo entiendo en ello dos cosas mucho de mi pro: la una, casar á mi hija tan honradamente, siendo señora de un tan alto señorío, y tener aquel emperador para mi ayuda cada que menester hobiere; é la otra, que mi hija Leonoreta quedará señora y heredera de la Gran Bretaña; y esto quiérola hablar con mis hombres buenos, por quien le enviado, para ver en este casamiento qué me aconsejarán, y en tanto decidme vos aquí, donde apartados estamos, si os placirá, qué os parece desto; que bien conocido de vos tengo que en este caso me aconsejaréis todo aquello que mucho á mi honra será.» Don Galaor cuando esto le oyó estuvo una pieza cuidando; desí dijo: «Señor, no só yo de tan gran seso, ni por mi han pasado tantas cosas desta calidad, que en una cosa de tan gran fecho como esta sopiese dar entrada ni salida. E por esto, Señor, sería yo excusado dello, si os ploguiere, porque esos que decís con quien se ha de platicar os dirán mucho mejor lo que vuestra honra y servicio sea, porque muy mejor que yo lo alcanzarán.—Don Galaor, dijo el Rey, todavía quiero que me lo digais; si no, recibiría el mayor pesar del mundo, especialmente que hasta hoy nunca de vos recibí sino mucho placer y servicio.—Dios me guarde de os enojar, dijo don Galaor, é pues que todavía os place probar mi simpleza, quiérola hacer, é digo que en lo que decís, que casaréis vuestra hija muy honradamente é con gran señorío, esto me parece muy al contrario, porque siendo ella vuestra sucesora, heredera destos reinos despues de vuestros días, no le podeis hacer mayor mal que quitárselos é ponerla en sujecion de hombre extraño, donde manido ni poder terná; é puesto caso que alcance aquello que es el cabo de semejantes señoras, que son los hijos, y estos ver casados, luego será puesta en mayor sujecion é pobreza que ante, viendo mandar otra emperatriz. En esto que decís de os ayudar dél, cierto, Señor, segun vuestra persona é vuestros caballeros é amigos, que tanto valen, con que habeis adelantado vuestros señoríos é gran fama por el mundo, antes vos sería mengua pensar y creer que aquel os había de sacar de necesidades, que, segun sus maneras soberbias que dicen todos que tiene, tornarse os—hi—á al revés, que siempre recibiríades por su causa afrontas é gastos muy sin provecho; é lo que peor desto sería, es que, como servicio le ficiésedes, seriades sojuzgado, é así quedaríades perpétuamente en sus libros é corónicas; así que, Señor, esto que vos por gran honra teneis, tengo yo por la mayor deshonra que os podría venir; y en lo que decís, de heredar á vuestra hija Leonoreta en la Gran Bretaña, éste es un muy mayor yerro; que así acaesce, de uno venir muchos, si la buena discrecion no lo ataja. Quitar vos,

Señor, este señorío á una tal hija en el mundo señalada, viniéndole de derecho, é darlo á quien no lo debe haber, nunca á Dios plega que tal consejo yo diese, é no digo á vuestra hija, mas á la mas pobre mujer del mundo, no sería en que el suyo le quitase. Esto he dicho por la lealtad que á Dios é á vos é á mi ánima debo, é á vuestra hija, que por yo ser vuestro vasallo, por señora la tengo; é yo me voy mañana, si á Dios ploguiere, camino de Gaula; que el Rey mi padre no sé por cuál razón me envió á llamar; é si os ploguiere, yo dejaré un escrito de mi mano que fagais mostrar á todos vuestros hombres buenos de lo que os he dicho; é si caballero hobiere que lo contrario diga, teniéndolo por mejor, yo se lo combatiré, é le faré conocer ser verdad todo lo que dicho tengo.»

El Rey cuando esto le oyó fué mal pagado de sus razones, aunque no se lo demostró, é dijole: «Don Galaor, amigo, pues que vos ir quereis, dejadme el escrito.» Mas esto no lo demandaba él para lo mostrar, sino en caso que mucho menester fuese. Así como él habeis se fué el rey Lisuarte con don Galaor hasta que llegaron á su palacio, é aquella noche llegaron con mucho placer é hablando todos en este casamiento, principalmente el Rey, que lo mucho gana tenia. E otro día de mañana don Galaor dióle el escrito é despidióse dél y de los hombres buenos, é partióse para Gaula. E sabed que la intencion de don Galaor en este hecho era estorbar aquel casamiento, porque no sentía ser pro del Rey, é tambien que sospechaba lo de Amadis y de Oriana, hija del rey Lisuarte, aunque ninguno no se lo dijera; é quiso fallarse fuera donde mas en ello hablar no podiese, conociendo estar ya de todo en todo el Rey determinado á lo hacer; y desto no sabia nada Oriana, é por esto rogaba ella á don Florestan, como ya oistes, que lo fablase de su parte á don Galaor. Pues así pasaron aquel día, como ois, en Miraflores, siendo la reina Sardamira espantada mucho de la gran fermosura de Oriana, que no pudiera creer que persona mortal tanto lo fuese, aunque muy menoscabada era de lo que solia por las grandes angustias é tribulaciones de su corazón, que muy propincuas le eran, temiendo aquel casamiento del Emperador, é no sabiendo ningunas nuevas del su amado amigo Amadis de Gaula; é no quiso la Reina hablarla por estonces en fecho del Emperador, salvo en otras cosas de nuevas y de placer. Mas otro día que en ello le fabló hobo tal respuesta de Oriana, como quiera que honesta é con cortesía fuese, que nunca mas osó decirle ni hablarle en ello.

Pues Oriana, sabiendo cómo don Florestan se queria partir, tomólo consigo é levólo so unos árboles que allí eran, donde había un muy rico estrado, é haciéndolo sentar ante sí, dijole descobiertamente toda su voluntad, é la gran fuerza que su padre le facía, queriéndola desheredar y enviarla á tierras extrañas, rogándole que della se doliese, pues que no esperaba otra cosa sino la muerte, y que no solamente á él, que ella tanto amaba y en quien tanta esperanza é fiducia tenia, mas á todos los grandes de aquellos reinos se queria quejar, é á todos los caballeros andantes, que hobiesen della duelo é gran piedad, é rogasen á su padre que de tal propósito mudado fuese; é vos, mi buen señor é ami-

go don Florestan, dijo ella, así gelo rogado é consejado que lo haga, faciéndole entender el gran pecado en que está por esta tan gran crueza é tuerto que me facer quiere.» Don Florestan le dijo: «Mi buena señora, sin duda podeis bien creer que os tengo de servir en todo lo que por vos me fuere mandado, con tanta voluntad é homildad como lo faria á mi señor el rey Perion, mi padre; mas esto que me decís, que á vuestro padre ruegue, no lo puedo facer en ninguna manera, porque yo no soy su vasallo, ni él me pornia en su consejo, sabiendo que lo desamo por el mal que á mí é á mi linaje ha fecho; é si algun servicio de mi hobo, no hay por qué me lo deba agradecer, que yo lo hice por mandado de mi hermano é mi señor Amadis, á quien yo contradecir no podia ni debía; el cual no por el Rey vuestro padre, mas porque si esta tierra se perdiese la perderíades vos, se dispuso ser en aquella batalla de los siete reyes, é traer consigo al rey Perion é á mí así como lo sopistes, porque él os tiene por una de las mejores princesas del mundo, é si él agora sopiese esta fuerza é agravio que tanto contra vuestra voluntad se os face, creed, mi señora, que con todas sus fuerzas é amigos se pornia al remedio della; é no lo digo por vos, que tan alta señora sois, mas por la mas pobre mujer de todo el mundo lo faria; é vos, mi buena señora, tened buena esperanza, que aun plazo habrá para os poder socorrer, si á Dios ploguiere; que yo no pararé fasta ser en la insola Firme, donde es el caballero Agrájes, que mucho en gran grado os desea servir por aquella crianza que su padre é madre vos ficieron, é por el gran amor que á su hermana Mabilia teneis; é allí habrémos consejo de lo que facer se puede.—¿Sabeis vos, dijo Oriana, ser allí cierto Agrájes?—Sélo, dijo él; que don Grumedan me lo dijo, que lo sabia por un escudero suyo que le envió.—A Dios merced, dijo ella, y él lo guie, é mucho me lo saludad, y decidle que en él tengo yo aquella verdadera esperanza que con razón de haber tengo, é si en este medio tiempo algunas nuevas sopierdes de vuestro hermano Amadis, hacédmelo saber porque las diga á Mabilia, su cohermana, que muere con soledad dél; é Dios guie cómo vos é Agrájes hayais algun buen acuerdo en mi facienda.» Don Florestan, besando las manos á Oriana, se despidió della, é tomando consigo á don Grumedan, se fué á la reina Sardamira é dijole: «Señora, yo quiero andar, é por do quiera que fuere soy vuestro caballero y servidor; é así vos ruego yo que lo tengais, y me mandeis en qué os sirva.» La Reina le dijo: «Mucho sería sin conocimiento la que no quisiese servicio y honra de hombre de tanto valor como vos, don Florestan, lo sois, é si Dios quisiere, en tal yerro no caeré yo, antes recibo vuestra buena cortesía, é os lo agradezco cuanto puedo, é siempre terné memoria de os rogar lo que por mí facer podierdes.» Don Florestan, que la mucho mirando estaba, dijo: «Dios, que os tan hermosa hizo, os agradezca por mí esa respuesta, pues que yo por agora no puedo sino con la voluntad y con la palabra.» E con esto se despidió della y de Mabilia, y de todas las otras señoras que allí estaban, y rogando á don Grumedan que si nuevas de Amadis sopiese se las ficiere saber en la insola Firme, é fué á su posada,

é armóse, é cabalgó en su caballo, é con sus escuderos entró en el derecho camino de la insola Firme, donde él quería ir, con intencion de hablar con Agrájes é dar órden cómo con sus amigos Oriana socorrida fuese, si su padre la diese á los romanos.

## CAPITULO XVI.

Cómo el caballero de la Verde Espada, que despues llamaron el caballero Griego, é don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus se vinieron juntos por el mar, acompañando aquella muy hermosa Grasinda, que venia á la corte del rey Lisuarte, el cual estaba delibrado de enviar á su hija Oriana al emperador de Roma por mujer, é de las cosas que pasaron, declarando su demanda.

Con Grasinda fueron navegando por la mar el caballero de la Verde Espada y don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus, á las veces con buen tiempo é otras con contrario, así como Dios lo enviaba, fasta que llegaron al mar Océano, que es en derecho de la costa de España; é cuando el de la Verde Espada se vio tan llegado á la Gran Bretaña gradeciolo mucho á Dios, porque habiéndole escapado de tantos peligros y de tantas tormentas como por la mar pasado habia, le trajera donde ver pudiese aquella tierra donde su señora era; así que, muy grande alegría le sobrevino á su corazon. Estonces con gran alegría fizo juntar todas las fustas, y rogó á todos los hombres que con ellas eran que lo no llamasen por otro nombre sino el caballero Griego, é mandóles que punasen de se llegar á la Gran Bretaña. Estonces se asentó con Grasinda en su estrado é díjole: «Fermosa Señora, ya se llega el tiempo por vos deseado, en que, si á Dios ploguiere, será cumplido lo que tanto vuestro corazon ha deseado é desea; é cierto creed, Señora, que por afan ni peligro de mi persona no dejaré de os pagar algo de las mercedes que me hecistes.—Caballero Griego, mi amigo, dijo ella, tal fianza tengo yo en Dios que así lo guiará, que si otra cosa su voluntad fuera, no me diera por guardador tal caballero como vos, é mucho os agradezco lo que me decís, pues que estando tan cerca de tal afrenta, parece que el corazon dobla su ardimiento.» El caballero Griego mandó á Gandalin que le trajese les seis espadas que la reina Menoresa en Constantinopla le diera, é Gandalin las trajo y se las puso delante, é dió las dos dellas á don Bruneo é Angriote, que maravillados fueron de ver la riqueza de sus guarnimientos, y el caballero Griego tomó otra para sí, é mandó á Gandalin que guardando la verde suya dondela no viesen, aquella posesiese con sus armas; esto facia él porque en la corte del rey Lisuarte, donde él iba y se quería encobrir, no fuese por la verde espada descubierto; é cuando así en esto que ois estaban, siendo entre nona é visperas, Grasinda, que muy enojada de la mar andaba, hizo con el caballero Griego é don Bruneo é Angriote que la sacasen al borde de la fusta, porque viendo la tierra algun descanso sintiese; é allí estando todos cuatro hablando en lo que mas les agradaba, siguiendo su viaje á la hora que el sol se quería poner, vieron una fusta que queda estaba en la mar, y el caballero Griego mandó á los marineros que enderezasen contra ella, y llegando cerca, que se bien podrian oír, dijo el caballero Griego á

Angriote que preguntase á los de la fusta por algunas nuevas, é Angriote los saludó muy cortésmente é dijo: «¿Cuya es esta fusta, é quién anda en ella?» Ellos cuando oyeron esta pregunta le dijeron: «La fusta es de la insola Firme é andan en ella dos caballeros, que os dirán lo que os ploguiere.» E cuando el caballero Griego oyó hablar de la insola Firme, alegróse el corazon, é á sus compañeros, por los oír hablar de lo que deseaban saber, é Angriote dijo: «Amigos, ruégovos por cortesía que digais á esos caballeros que se llegaron ende, y preguntáremos los por nuevas que querriamos saber, é si vos ploguiere, decimos quién son.—Eso no farémos nos; mas decírcles hemos vuestro mandado.» E llamándolos, se pusieron los dos caballeros allí cabe sus hombres.

Estonces Angriote dijo: «Señores, querriamos saber de vos en qué lugar es el rey Lisuarte, si por ventura lo sabeis. Todo lo que sabemos, dijeron ellos, se dirá; pero antes querriamos saber una cosa que por della ser certificados hemos llevado mucho afan, y aun llevar lo esperamos fasta lo saber. Decid lo que os ploguiere, dijo Angriote; que si lo sé, saberlo heis vos.» Ellos dijeron: «Amigo, lo que nos deseamos es saber nuevas de un caballero que se llama Amadis de Gaula, aquel que por le hallar andan todos sus amigos muriendo é lacerando por tierras extrañas.» Cuando el caballero Griego esto oyó las lágrimas le vinieron á los ojos muy cedo con el gran placer que su ánimo sintió en ver cómo sus parientes todos é amigos le eran leales; pero estuvo callado, é Angriote les dijo: «Agora me decid quién sois, é yo os lo diré lo que deso sopiere.» El uno dellos dijo: «Sabed que yo he nombre Dragonis, y este mi compañero Enil, y queremos correr el mar Mediterráneo é los puertos de la una é otra parte, si pudiéremos saber nuevas deste por quien preguntamos.—Señores, dijo Angriote, Dios vos dé buenas nuevas dél, y en estas fustas vienen gentes de muchas partes, é yo preguntaré si algo dello saben, é os lo diré de grado.» Esto decia él por mandado del caballero Griego, é díjoles: «Agora vos ruego que me digais dónde es el rey Lisuarte, y qué nuevas dél sabeis, é de la reina Briseña, su mujer, y de su corte.—Eso os diré yo, dijo Dragonis. Sabed que él es en una su villa, que Tagádes se llama, que es un gran puerto de mar contra Normandia, é ha fecho cortes, en que están todos sus hombres buenos, por haber con ellos consejo si dará su hija Oriana al emperador de Roma, que por mujer la pide; é allí son para la llevar muchos romanos, entre los cuales es el mayor Salustanquidio, príncipe de Calabria, é otros muchos á quien él manda, que son caballeros de cuenta; é tienen consigo una reina que Sardamira se llama para acompañar á Oriana, y que el Emperador la llamaba ya la emperatriz de Roma.» Cuando esto oyó el caballero Griego estremeciése el corazon y estuvo una pieza desmayado. Mas cuando Dragonis vino á contar las cosas que Oriana facia de amarguras é llantos, y cómo se habia enviado á quejar á todos los altos hombres de la Gran Bretaña, sosególe el corazon y esforzóse, pensando que, pues á ella pesaba, que los romanos no serian tantos ni tan fuertes que él no se la tomase por la mar ó por la tierra, y que aquello haria él por la mas pobre doncella del mundo; pues ¿qué debía facer por la que

solo un momento, perdiendo la esperanza della, él no podría vivir; é daba muchas gracias á Dios porque en tal sazón lo arribara en aquella tierra, donde podiese servir á su señora algo de las grandes mercedes que le habia fecho, y que tomándola, la ternia, como lo él deseaba, sin su culpa della; y con esto se hacia tan alegre y tan lozano como si ya fecho é acabado lo toviese, é dijo muy paso á Angriote que preguntase á Dragonis dónde sabia él aquellas nuevas, y preguntado por él Dragonis, le dijo: «Hoy há cuatro dias que llegaron á la insola Firme, donde nos partimos don Cuadrágante é su sobrino Landin, é Gavarte de Val Temeroso, é Madancian (1) de la Puente de Plata, é Elian el lozano. Estos cinco vinieron por haber consejo con Florestan é con Agrájes, que hí son, cómo les parece que deben entrar en la demanda de Amadis, aquel que nos buscamos; é don Cuadrágante quería enviar á la corte del rey Lisuarte por saber de aquellas gentes extrañas que allí son algunas nuevas de aquel muy esforzado Amadis; mas don Florestan le dijo que lo no fizo, que él venia de allá y no sabia ningunas nuevas, é sus escuderos han dicho de una contienda que él con los romanos hobo, de que su gran prez será loada en tanto que el mundo durare.

Quando esto oyó Angriote dijo: «Señor caballero, decidnos qué hombre es ese y qué cosas hizo, que tan loadas son.—Este es, dijo Dragonis, fijo del rey Perion de Gaula, é bien parece en la su gran bondad á sus hermanos.» E contóle todo lo que le acaeciera con los caballeros romanos delante de la reina Sardamira, y cómo levó los escudos dellos á la insola Firme, y los nombres de los señores dellos escritos de su sangre; y este don Dragonis contó allí las nuevas que os decimos, é cómo siendo los caballeros de la reina Sardamira tan mal trechos, que por ruego suyo della la aguardó don Florestan hasta la poner en Miraflores, donde ella iba á ver á Oriana, la hija del rey Lisuarte. Mucho fueron alegres el caballero Griego é sus compañeros de aquella buena ventura de don Florestan; é cuando el caballero Griego oyó mentar á Miraflores el corazon le saltaba, que lo no podia sosegar, viniéndole á la memoria el sabroso tiempo que allí pasó con aquella que de allí señora era; y dejando á Grasinda é á los otros caballeros, se apartó con Gandalin é díjole: «Mi verdadero amigo, ya has oído las nuevas de Oriana, que si así pasase, pasaríamos ella é yo por la muerte; ruégote mucho que tomes gran cuidado en esto que te yo mandaré; y esto es, que te despidas tú é Ardian el enano de mí y de Grasinda, diciendo que os queréis ir con aquellos de la fusta á buscar á Amadis, é di á mi cohermano Dragonis é á Enil todas las nuevas de mí, y que luego se tornen á la insola Firme; é cuando allí llegádes, diréis á don Cuadrágante é Agrájes que les ruego yo mucho que no se partan dende; que yo seré con ellos en estos quince dias; y que tengan consigo todos esos caballeros nuestros amigos que ende están, y envíen por mas si dellos

(1) Así se halla escrito el nombre de este caballero en las ediciones mas antiguas de este libro, y por consiguiente, parece distinto del que en otros lugares es llamado Madansil y Madansiel. Véase la página 205, nota.

sopieren; é di á don Florestan é á tu padre don Gandales que hagan bastecer todas las fustas que se hí hallaren de viandas é armas, porque tengo de ir con ellas á un lugar que prometido tengo; lo cual de mí sabrán cuando los viere; en esto pon gran recaudo, que ya sabes lo que en ello me va.»

Estonces llamó al Enano é díjole: «Ardian, véte con Gandalin é haz lo que te mandare.» Gandalin, que mucho deseaba cumplir el mandado de su señor, fuése para Grasinda é díjole: «Señora, nosotros queremos dejar al caballero Griego por entrar en la demanda con aquellos caballeros que en aquella fusta andan buscando á Amadis, é Dios vos agradezca las mercedes que de vos, Señora, recibidas tenemos.» E asimismo se despidieron del caballero Griego y de don Bruneo é Angriote, y ellos los dos se ofrecieron á Dios y entraron en la fusta, é Angriote les dijo: «Señores, veis ende un escudero é un enano que andan en la demanda que vos pedís.» Mas cuando ellos vieron que eran Gandalin y el Enano mucho fueron alegres; é como sopieron las nuevas ciertas de ellos, partiéronse de la flota con su galea, y llevaron el camino de la insola Firme; y el caballero Griego y Grasinda con su compañía fueron corriendo su mar contra Tagádes, donde el rey Lisuarte era. El rey Lisuarte era en Tagádes, aquella su villa, y estaban con él juntos muchos grandes y otros hombres buenos del su reino, que los ficiera llamar para aconsejarse con ellos lo que haria del casamiento de Oriana, su hija, que el emperador de Roma para se casar con ella le enviaba muy afincadamente á demandar; y todos le decían que lo no ficiese, que era cosa en que mucho contra Dios erraria, quitando á su hija aquel señorío de que heredera habia de ser, y ponerla en sujecion de hombre extraño, de condicion liviana é muy mudable; que así como por el presente aquello mucho deseaba, así á poco espacio de tiempo otra cosa se les antojaria, é muy cierto es que esta es la manera de los hombres livianos. Pero el Rey, pesándole deste tal consejo, siempre en su propósito firme estaba, permitiéndole Dios que aquel Amadis, que tantas veces le aseguró su reino é su vida, haciéndole tan señalados servicios, é poniéndole en la mayor fama, en la mayor alteza que ningún rey de su tiempo estaba, é tan malas gracias dello sacó, sin lo merecer, de aquel mismo su grandeza, su gran honra menoscabada é abatida fuese, como en el cuarto libro mas largo se dirá. Pero aun este rey Lisuarte, no para se volver de su propósito, mas porque su porfia é riguridad mas clara á todos manifiesta fuese, tovo por bien que al mismo consejo fuese llamado el conde Argamonte, su tío, que muy viejo é doliente de gota estaba. E á sabiendas no queria salir de su casa, conociendo la voluntad errada que el Rey en aquel caso tenia, pues que en todo le habia de contradecir; mas, como el mandado del Rey vió, fué luego para allá, y llegado á la puerta del palacio, allí salió el Rey á lo recibir, y tomándole por la mano, se fué con él á su estrado, é fizole sentar cabe sí; díjole: «Buen tío, yo os fice llamar, é á estos hombres buenos que aquí veis, por haber consejo de lo que hacer debo en este casamiento de mi hija con el emperador de Roma, é mucho os ruego que me digais vuestro parecer, y ellos asimesmo.—Mi señor, dijo él, muy gra-